nifestado deseo de que le rindamos? ¡Y presumir nosotros que Dios se ha de contentar con lo que queramos ofrecerle! ¿Qué pensaríamos de un siervo que dijese á su Señor: con tal que yo no robe, con tal que yo no mate, no tenéis derecho de exigir de mí ulteriores servicios? **"Dios no tiene necesidad de nuestro culto."** Ciertísimo; pero nosotros sí tenemos necesidad de rendírselo, porque debemos obedecerlo, reconocer su Majestad, darle gracias por sus beneficios, satisfacerle por nuestras culpas é invocarlo para obtener gracias, y nada podemos hacer sin El, en cuanto á que no podemos ser independientes de El. Basta, empero, esto poco que he dicho, más para indicar el modo de resistir á los indiferentes, que para refutarlos. Vuestra piedad hacia Dios, vuestro amor á la santa Fe y hasta el cariño para con vuestros hijos, os servirán de guía, así para descubrir el error, apenas se presente, como para confundirlo y rebatirlo con hábiles respuestas.

CAPITULO V.

DE OTROS DOS ERRORES CONTRA LOS CUALES HAY QUE PREVENIR A LA JUVENTUD.

Cuarto error: tratar sin precaución con los Heterodoxos. — Precauciones especiales contra los Protestantes. — Quinto error: despreciar á la Santa Iglesia.—Manera de oponerse á sus enemigos.—Observancia de las leyes eclesiásticas.— Promover el amor á la Iglesia.—Amor al Papa.

I

Otro escollo, finalmente, de nuestra época consiste en la unión tan estrecha que se tiene con los Heterodoxos, y que conduce no sólo á estimar, más de lo justo y fuera de lo que se debe, todo lo que es Protestante, sino que llegan algunos con tontísima vanidad hasta desear su compañía para aparecer, según ellos dicen, como despreocupados. Ahora bien, si la caridad de Jesucristo debe ciertamente estimularnos á amar aún los in-

felices hermanos nuestros que están separados de nosotros, á orar fervientemente por ellos, á encomendarlos á Dios, y, cuando las ocasiones se presenten, á ilustrarlos con palabras de verdad, también la misma caridad de Jesucristo, que ama según el orden, quiere que esto se haga de modo que no perjudique á las mismas almas, y tal perjuicio es claro que se seguiría del trato continuo y no necesario con aquellos, en el que se pierde el horror que es justo se tenga hacia aquel que carece de la verdadera Fe; se transige con sus errores, se beben sus máximas y de la demasiada estimación á las personas, se pasa á no parecerles tan malas sus creencias. Habiendo sabido los Samosatenios que Eunomio, célebre Arriano, se había lavado en el baño público de su Ciudad, no quisieron ya acudir á él hasta que, llevada toda esa agua á una cloaca, quedó ya solo en ese baño el agua nueva no contaminada, según refiere Teodoreto. Lo que demuestra hasta qué grado llegaba el horror á la heregia entre los fieles, es que en la misma ciudad, jugando á la pelota ciertos niños en la plaza pública, y habiéndoseles escapado de la mano y caído entre los pies del jumento sobre el que cabalgaba el hereje Lucio, aquellos niños cristianos se horrorizaron tanto, que no se atrevieron á tocarla, sino después de haberla purificado con el fuego. Se sabe de Santa Francisca de Chantal, que, siendo todavía muy niña, arrojó inmediatamente al fuego un obsequio que le hizo cierto señor hereje, que frecuentaba la casa, diciendo con grande expresión: "que así arderían

en el infierno los que no tuvieran la verdadera Fe de Jesucristo. ¡Sublime sencillez! Ahora bien; nosotros no pretendemos ser de corazón más grande: abrazamos y estrechamos con el mismo afecto á los amigos y á los enemigos de Dios, pero estemos entendidos, sin embargo de que, no pudiendo Dios complacerse en tal compañía, El será, por consiguiente, el único que tendrá que salir desterrado. Mas, ¡ah! si en otro tiempo no fué jamás necesario defender en esta materia á la juventud, en los días que corren esto es necesarísimo, porque no hay que engañarse; el Protestantismo, que se mira diivdido en mil y mil sectas, sin unidad alguna en sus opiniones, antes de sucumbir totalmente, hace supremos esfuerzos para conservarse, difundiendo sus emisarios, derramando sus Biblias, insinuando sus errores, é intentando, ya que no puede pervertir á nuestros jóvenes hasta hacerlos sus secuaces, que, á lo menos, dejen de ser católicos para mengua de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

II

Hasta hace poco los Protestantes andaban entre nosotros con cautela, se contentaban con poner asechanzas á la Fe Católica, sin atreverse á atacarla abiertamente, porque temían á los mismos Gobiernos que cuerdamente les impedían hacer prosélitos. Hoy, sin temor alguno por la nueva libertad que vino á arrebatarnos hasta la unidad de la Fe, el más bello privilegio de Italia, con altanería

avanzan y se esfuerzan en pervertir á los Católicos. A este fin, difunden en gran número Biblias ó parte de ellas, como los Evangelios ó Epístolas de San Pablo, ya se sabe, arregladas y traducidas á su modo y acompañadas de pequeños tratados de todo género que impugnan, ora la verdad de la Eucaristía, ora la Confesión Sacramental, ya el culto de la Virgen y de los Santos, ya algún otro dogma cristiano y no bastándoles los tratados, siembran sus errores por medio de una multitud considerable de cuentos, novelitas y librillos que ostentan en su portada títulos sentimentales y más ó menos teñidos de devoción, distribuyendo todo esto con una profusión y actividad enteramente diabólicas. En estos escritos es notable, particularmente, cierta malicia, tanto más pérfida, cuanto es más sutil y común á casi todos. Tratan de acreditar el error de la Fe justificante, que consiste en afirmar: que para salvarse, basta asemejarse á Jesucristo, creer en El y confiar en El; refieren á este propósito los casos más patéticos que saben inventar de los que por este camino se han justificado; pero entre tanto, insinúan el error de que esta Fe en Jesucristo basta por sí sola y que no se necesita hacer más. Luego, nada de obediencia á la Iglesia, nada de Confesión, nada de Comunión, ni ministerio sacerdotal, ni buenas obras, etc., etc. Pero estos gravísimos errores los insinúan tan solo, no los expresan claramente para no despertar el horror, dejando que los lectores los deduzcan: lo que sí expresan claramente y aun lo cantan en todos los tonos, es el

gran bien y la seguridad de la salvación eterna que se encuentra en la confianza en Jesucristo y como esta, entendida en sentido católico, y sin separarla de todos los medios que el mismo Cristo ordena, es verdaderamente provechosa y se halla recomendada en los Libros Católicos, resulta que muchos, leyendo tales panegíricos en boca de los Protestantes, y sin sospechar el veneno que encubren, se dejan engañar por esa falsa unción con que los pérfidos hablan de Jesucristo y de la confianza que en El se ha de tener.

Conviene, pues, advertir á la juventud que no se deje coger en esa red; que no acepte tales libros y que, antes al contrario, conciba contra ellos todo el horror que merecen, sin que sea fuera de propósito esta recomendación, porque en estos últimos años, el descaro de los Protestantes ha llegado á su colmo, ofreciendo sus libros á los jóvenes que salen de las escuelas, á los obreros que vuelven de sus trabajos al hogar, á las modistas, á los sastres, á las muchachas que salen de los talleres y hasta, en la plaza pública ofrecen su veneno y dejan sus libros como extraviados, sobre los bancos de las Iglesias Católicas: ¡tanto así los mueve el demonio de la heregía! Que el amor de Jesucristo y el celo por la salvación de las almas sirvan para contrarrestar la furia de los enemigos de Dios!

III

Por último, para combatir la Santa Fe es un medio, horriblemente eficaz y á la vez siempre adecuado, el infundir falta

de estimación y desprecio á la Iglesia. Nadie lo dudará si sigue con la vista las tramas y lazos que se urden sin cesar contra la juventud. Atacar directamente la persona adorable de Jesucristo es una felonía que en Italia hace todavía estremecerse de horror, pero menor lo causa la guerra que se hace contra la Iglesia. Mucho más es lo que se puede hacer por caminos indirectos y veredas extraviadas de modo de llegar infaliblemente al término, sin que lo parezca, y de hecho se la ataca con poner en duda y en ridículo las leyes eclesiásticas del ayuno y de la abstinencia, como si ellas no fuesen otra cosa que un consejo y una insinuación para quien quiera seguirlos, si no es que también una tiranía muy merecida para el que sea tan tonto de dejársela imponer; se la ataca, impugnando la autoridad de las Sagradas Congregaciones y de sus decretos, sobre todo el de la prohibición de libros, cual si fuera sólo una norma y una dirección para quien es aun bastante niño para necesitarlas; se la ataca, burlándose y poniendo en escena la autoridad de los Sagrados Pastores, del Clero, así regular como secular, como si no fuesen más que una carga para el pueblo que debe mantenerlos; se hace gran burla de las censuras de los Sagrados Cánones y del Vaticano, como si no fuesen ya propias de nuestros tiempos y, distinguiéndose inicuamente entre la Corte de Roma y la Sede Apostólica, se cree tener con esto a la mano un buen juego para arrojar todo género de vituperios contra esta, á pretexto de reprender los abusos de aquélla. Otras injurias se hacen después á la Iglesia con más cínica desvergüenza, y así se blasfema de cuanto proviene de ella, ora en materia de leyes, ora en lo relativo á las costumbres y preceptos y todo con perversos fines. Lo que la Iglesia ha hecho en tiempos y circunstancias diferentes de los nuestros, se reprueba porque no se conforma con nuestro modo de pensar: se rebusca con empeño si ha habido algún escándalo en las historias eclesiásticas y sobre todo en la serie de los Romanos Pontífices y después de esto, aumentándolo y envenenándolo muy particularmente, se trae á la escena con infernal alegría y en las novelas y romances se les da á las clases ignorantes é incultas un platillo delicado. Vienen en seguida historias trágicas de la Inquisición, los horrores de la cárcel en que gimió Galileo, las cruzadas, los estragos de la San Bartolomé, la revocación del edicto de Nantes y ¡qué sé yo, cuánto más! Encontraréis algunos, á quienes todo lo que pertenece á la Santa Iglesia les cae mal, y les mueve á indignación y despecho: á los sacerdotes seculares no los pueden ver y los tienen como cosa de poco valer: á las órdenes religiosas les profesan antipatía, considerándolas como fautoras de las tinieblas y de la ignorancia: la limpieza y el esplendor de los sagrados Templos los juzgan, con Judas, como una superfluidad, no sabiendo aprobar las obras pías, si son administradas por el Clero. En los usos cristianos todo les parece exagerado y amplificado; el amor á la santa Fe es para ellos un fanatismo, el celo sincero del bien de las almas, intolerancia é im-

prudencia el vigor y la constancia en la defensa de los sanos principios; el desenmascarar á los lobos que hieren á las ovejas de Cristo es faltar á la caridad. Y con estas y otras mil semejantes á estas malignidades, calumnias, perfidias y atrocidades que intentan insinuar contra la Iglesia, se prometen que la Esposa inmaculada de Cristo tendrá que aparecer tan horrorosa y deforme que ponga espanto, no sólo á los extraños sino aun hasta sus propios hijos; lo que, si llegase á acontecer, sería la completa ruina de la piedad y de la religión de las familias.

IV

Pues bien, por el amor que tenéis á la felicidad temporal y sobre todo á la salvación de vuestra familia, poned el mayor empeño en conservar incólume este baluarte de la vida cristiana, y, para que no lleguen tampoco á entibiarse en el amor que, como hijos, deben á su Madre. Para esto, arrancad de sus manos, ó más bien, no dejéis que lleguen siquiera á ellas, las obras escritas en su contra. Circulan por Italia (1) ciertas novelas que algunos tontos juzgan inofensivas, sólo porque no leen en ellas abiertas blasfemias ó monstruosas inmoralidades, sin embargo de que todas se ocupan en pintar las ceremonias eclesiásticas como ridículas, ó como absurdas, en representar á los ministros de Dios como intrusos

(1) Y también por nuestro país al cual son importadas muchas de esas novelas. —N. del T.

en las familias, como defensores de negocios de dudosa moralidad, en presentar á la Iglesia como el grande y perpetuo enemigo de la felicidad humana, y donde quiera que tales libros se introduzcan, ó encenderán los ánimos ó los envenenarán en términos tales, que será difícil curarlos. Principios del todo opuestos y máximas completamente diversas hay que establecer: Jesús ama con infinito amor á su Iglesia y dió su sangre para formarla y una vez formada, para embellecerla; mas, ¡ay del que la toque! No son vanas sus amenazas, no están embotados sus rayos y todos cuantos han pegado contra esa roca se han roto la cabeza. No se debe, pues, tolerar que se discutan sus decretos, que se juzguen sus prescripciones y mucho menos que se censuren sus actos. En cuanto á las hojas que circulan contra la Iglesia, no es éste el lugar ni de hacer un catálogo de ellas, ni de refutarlas, pues son muchísimos los libros en que se hallan plenamente rebatidas, no siendo inútil adquirir alguna noticia de ellas para quien de tanto sea capaz. Por lo demás, para hijos amantes, no será difícil el demostrar la inocencia de su propia Madre; que si acontece alguna vez que se dé algún escándalo por sacerdotes, debe recordarse: que, así como no perdió San Pedro la autoridad por haber renegado de su Divino Maestro, así tampoco daña á la Iglesia el error de alguno de sus ministros, y que si Cham incurrió en la maldición de su padre por haberle insultado, á causa de su embriaguez, no escapará de la maldición Divina el sacrílego que, por al-

gún ministro indigno, vilipendie la santidad de su Madre la Iglesia. El Emperador Constantino, solía decir: que si él hubiera encontrado á un sacerdote cometiendo alguna falta, habría corrido á cubrirlo con su manto imperial por respeto á la Religión: tales son los sentimientos con que debe educarse á las familias!

V

Pero, más que otra cosa, servirá el mostrar, con el ejemplo de su observancia, la estimación en que se tienen las leyes eclesiásticas. ¿Quién puede tolerar que familias católicas se pasen absolutamente sin la abstinencia de carnes y sin los ayunos de precepto?; que en ellas se prepare para los domésticos, para los sirvientes, para todos los de la casa y para los que por accidente llegan á ella, manjares de carne en días vedados? Los hijos aprenden con esto, desde sus primeros años, á no hacer caso de leyes que por el contrario debieran haber aprendido á respetar. No es, pues, de extrañar que en edad más avanzada no sepan siquiera cuáles son los manjares permitidos y cuáles los vedados, ni de qué modo deba observarse el ayuno eclesiástico. ¡Pobres familias, de las que recibe la Iglesia tan graves insultos! Muchos se excusan alegando: que algunos de la familia tienen necesidad de la carne, que están dispensados y que, no pudiendo hacerse un gasto doble, los sanos tienen que obrar como lo hagan los enfermos; y cuando esto sea cierto, pase por tal motivo; pero que familias acomodadas que gastan en teatros,

que brillan por su lujo, que sostienen numerosos sirvientes, que tal vez mantienen perros y caballos, no puedan después aumentar el gasto en lo poquísimo que se necesita hacer para que se cumplan en ciertos días las leyes eclesiásticas, por las personas sanas de la familia y por los sirvientes, lo harán creer tal vez á los hombres, pero yo no sé si lograran también pesuadir de ello á aquel Seño que no juzga según las apariencias. Que igualmente se dispense de la abstinencia y por el más leve impedimento en esta época á los hijos, con el eterno pretexto de vigorizarlos, será una teoría que algún médico descreído podrá aprobar para contentar á una madre melindrosa; pero que después sea también aprobada por la Fe cristiana, no me parece muy probable. ¡Con cuánta más discreción proceden los padres que inducen á sus hijitos, desde sus más tiernos años, á practicar alguna moderada abstinencia para despertar en ellos el deseo de cosas mayores cuando lleguen á edad más avanzada! San Luis comenzó las suyas desde la niñez, y no creo que se arrepintiese de ellas, y San Basilio llamó al ayuno leche de la juventud. Muchos, quizá, se reirán de un calificativo tan extraño; mas antes de reir, reflexionen; que en los jóvenes no es sólo el cuerpo el que debe crecer, sino también el alma. Por lo demás, cierto es que en la práctica de la abstinencia se encierran dos cosas de suma importancia: es la primera la profesión declarada de catolicismo, ya que ella es, entre las obras externas, la que más nos distingue de los heterodoxos, y en segun-

do lugar, porque, de no observar esta abstinencia, es fácil caer en error contra la Fe; al principio se rehusa obedecer por sensualidad y después se llega hasta la impugnación del derecho de la Iglesia para mandar; como si la prohibicion de los manjares fuese tan solo una prescripción de los sacerdotes, y como si la Iglesia no tuviese autoridad para imponerla; lo cual, como se ve, es opuesto á la verdad Católica.

VI

Sin embargo, sería poco contentarse con no dejar que en vuestros hijos echen raíces las preocupaciones contra la Iglesia, si á la vez no provocáseis en ellos, con santas industrias, un afecto entrañable hacia Ella, del mismo modo que hace poco el agricultor que no deja que las espinas sofoquen un arbusto, si, al mismo tiempo, no le procura el humor vital que necesita para su desarrollo. La Iglesia es esposa de Jesús Redentor, y posee, para distribuirlos, todos los tesoros de su celestial Esposo: ella es la única delicia de Dios sobre la tierra, y aun á nosotros mismos nos hace muy amados del Señor, si somos para con ella hijos afectuosos: es Madre y los favores más singulares que recibimos de Dios, todos nos vienen por su medio, pues ella nos los alcanza, nos los ofrece, y con ellos nos enriquece, pero ¡con cuánto amor, con cuanta solicitud! Nos toma desde niños en la frente bautismal, abriéndonos el cielo con el agua que sobre nuestras cabezas derrama; nos instruye, cuando niños, con doctrinas sobrehumanas, adies-

trándonos así para la vida eterna; si desgraciadamente caemos en el pecado, ella, mediante su autoridad, nos reconcilia con Dios en el sacramento de la Penitencia: si necesitamos de enseñanzas, ella tiene tesoros que nos dispensa en la palabra divina; si de manjar, Ella nos da el Pan de los Angeles. En vida es nuestro guía, nuestra luz, nuestra seguridad, y nuestra maestra; á la hora de nuestra muerte es Ella la que confirma nuestras esperanzas, calma nuestros temores y sirve de apoyo á nuestras debilidades y aun después de que acoge en su recinto nuestras cenizas, pide paz para nuestro cuerpo y alivio para nuestro espíritu. El amor que nos tiene la Iglesia, apenas puede comprenderse sobre la tierra, y sólo se entenderá en el cielo, en donde veremos los gemidos que le costamos, las lágrimas que derramó, los esfuerzos de que se valió, las amorosas industrias de su inefable Maternidad. Que no ignoren, pues, vuestros hijos tantos beneficios como de Ella reciben, y que aprendan á corresponderla con amor y ternura. Mas no sea esto solo, sino que, además, reconozcan su autoridad, autoridad suprema sobre la tierra, persuadiéndose, desde temprano, de que la Iglesia es el arca santa, única en la que se puede uno librar del naufragio eterno, la torre inexpugnable á todas las violencias del mundo, el reino de Dios sobre la tierra, la esposa de Jesucristo, el precio de su sangre divina, la delicia de la sacrosanta Trinidad; que quien edifica con ella y en ella, edifica para la salvación; el que de ella se aparta se aleja del cielo, no pu-

diendo jamás tener á Dios por padre el que no reconozca á la Iglesia por Madre, y que quien la impugna y contradice, hace la guerra á Jesucristo y no podrá menos de ser abatido y despedazado. Si, pues, la Iglesia, mientras camine por este mundo, tiene luchas que sostener, enemigos que conquistar, victorias que ganar, ¿no podrán ellos tomar parte con el afecto en sus vicisitudes, ora prósperas, ora adversas? ¡Ah! ¿puede, por ventura, un hijo permanecer indiferente á la alegría y á los afanes de su Madre? La historia de la Popagación de la Fe, las narraciones de los Misioneros, los aumentos y las pérdidas, las luchas y los triunfos, y cuanto le pertenece, todo sería materia de provechoso discurso, y de dulces afectos si fuera presentado á las familias con cristiana piedad. Finalmente, ¿qué cosa más admirable hay para ser leída y más útil para ser conocida, que las glorias de la Iglesia Católica recogidas en las Vidas de los Santos? Se consumen tantos años y se pagan tantos maestros para aprender las proezas de los Césares, de los Epaminondas, de los Scipiones, y de tantos héroes de la historia, así antigua como moderna, á lo que yo no me opongo; ¿mas dónde se encontrará nada comparable con las acciones, aun las más comunes, de nuestros santos? La humilde virgencita Mariana de Jesús y el beato Labbre, elevados poco ha al horror de los altares, han obrado, ellos solos, mayores maravillas de virtud que juntos todos los grandes héroes que llenan el mundo con su fama. ¡Oh!, por qué no es más

amada paa que pudiera llevar mayor numero de almas al cielo!

VII

Y del amor á la Santa Iglesia no puede ni debe andar separado el amor al Sumo Pontífice. San Francisco de Sales decía muy bien: que Aquella y Este son una misma cosa y decía la verdad, porque si la Iglesia es infalible é indeficiente Maestra Reina y guía de los hombres en el camino de la salvación, lo es pecisamente porque en la persona de Pedro le están vinculadas todas estas prerrogativas y como Pedro vive perpetuamente en la persona de sus sucesores; por esto es que el Sumo Pontífice es el Vicario de Jesucristo en la tierra, la Cabeza de la Iglesia, el Padre de todos los fieles, el centro de toda autoridad, el juez supremo de todas las controversias,el guía infalible de todos los cristianos en la vía de la salud eterna y á tal grado, que quien con él siemba recoge, y el que no, tan sólo desperdicia; de donde resulta que, por mucho que se respete y se honre tan alta dignidad, jamás será demasiada esa veneración. En nuestros días, además, hay razones gravísimas para honrar más particularmente al Sumo Pontífice. Esa unidad que se ha querido romper á cualquier precio, encontró en la persona del Vicario de Cristo, la oposición que debía hallar en el defensor de los derechos de la Santa Iglesia y no cesa, aun ahora que está consumado el delito, de encontrarla en las protestas que hace en todas ocasiones. Esto ha despertado en toda clase

de sectarios, y hasta en algunos que se dicen católicos, una ira semejante al furor, y de aquí que ataquen, además de su persona, todos sus derechos no menos espirituales que temporales, las prerrogativas de su Sede, el nombramiento de Obispos, las constituciones que promulga en bien de la Iglesia, los religiosos que emplea, ya en sus Congregaciones, ya en el Apostolado del mundo cristiano, y para afrentar su ministerio, llenan la Ciudad de Roma de templos protestantes, invaden sus Iglesias, corrompen á la juventud ante sus propios ojos y, como si todo esto fuera poco, mediante una avalancha de infames periódicos, lo hacen el blanco permanente de sus burlas, de sus calumnias y dicterios de todo genero, aspirando á arrancar á los pueblos de su obediencia y de extinguir en el mundo su autoridad. Ved aquí por qué, haciéndose sentir una necesidad tan extrema, hay que acudir á remedios también extremos. Conviene, en primer lugar, dar á los hijos un concepto exacto de lo que es el Papa y de su dignidad y autoridad sobre todas las Iglesias; mostrar en seguida el horror que á una alma cristiana deben causar tratamientos tan indignos, como los que usan con él sus enemigos, é infundirles una reverencia suma a su persona, una obediencia extrema á todos los preceptos que en sus encíclicas, constituciones, actos y decretos va promulgando para enseñar y guiar al pueblo cristiano. Por último, la sujeción y reverencia deben ser con amor, ya que en el Papa está la verdadera paternidad hacia todos los fieles y la paternidad más su-

blime que haya en el mundo, como es la del alma, á la cual El da la luz y la direccion que se requiere, para la vida eterna. Es, por consiguiente, mucho más necesario, porque si no se llega hasta amar tiernamente al Sumo Pontífice, es muy difícil que se pueda permanecer obediente á El en estos tiempos, en que diariamente se lanzan tantas calumnias contra el Pontificado Romano, en que se escriben tantas historias tan llenas de embustes, y en las que, rebuscándose algunos hechos menos edificantes, en medio de una serie tan prolongada de Pontífices, igualmente ilustres por su santidad y doctrina que por toda clase de méritos, se arrojan como pasto á las plebes viciadas y ávidas de escándalos y rebeliones. En una palabra, tened por cierto que el hacer á vuestros hijos amantes del Sumo Pontífice es hacerlos amantes de toda la Religión, y por el contrario, el resfriarlos en su afecto hacia El, es el primer germen de su futura impiedad.